...de los factores actitudinales y motivacionales... ...en el aprendizaje significativo. Autora, Ana Sacristán Lucas. Fecha de emisión, 27 de enero de 1981. Mediante el rápido estudio de la incidencia... ...que los factores actitudinales y motivacionales... ...tienen en el logro del aprendizaje significativo... ...pretendemos cubrir de alguna manera... ...las omisiones que nuestras unidades didácticas... ...muestran en este aspecto. Nuestro propósito fundamental... ...es sensibilizar al estamento docente... ...y no al sistema.

que hace referencia a una problemática no siempre valorada en su tremenda importancia. Queremos decir que el aprendizaje obtenido en las aulas, así como el rendimiento de los alumnos, dependen en gran medida de factores no cognoscitivos. La inteligencia, la memoria, la actividad analítico-sintética, etc., han sido elementos tradicionalmente valorados como casi los únicos determinantes de un buen rendimiento escolar, cuando, en realidad, el autoconcepto, el autoestima que un alumno tiene con respecto a sí mismo y a sus capacidades, su nivel de popularidad social y aceptación por el profesor y el resto de sus compañeros, las cargas personales de frustración y ansiedad con las que se enfrenta la situación escolar, etc., tienen una incidencia incluso superior a la de los factores cognitivos en el proceso y resultado del aprendizaje. Resumiendo, todo profesor debe considerar un amplio abanico de variables no intelectuales como factores del éxito académico. Nuestra tarea fundamental en las aulas es la de la educación.

es obviamente que los alumnos aprendan. Sin embargo, no podemos considerar todos los aprendizajes igualmente deseables o pertinentes. Queremos lograr un aprendizaje significativo. Y hay aprendizaje significativo, según Ausubel, si la tarea de aprendizaje puede relacionarse de modo no arbitrario, sino sustantivo, con lo que el alumno ya sabe. También es necesario que el alumno adopte la actitud hacia el tipo de aprendizaje correspondiente. De este modo, los nuevos contenidos son retenidos por períodos más largos de tiempo, como cuerpos organizados de conocimientos. Ya que la significatividad es, en gran parte, un fenómeno personal, podrá lograrse sólo cuando el alumno esté dispuesto a realizar los esfuerzos activos indispensables para integrar el material conceptual nuevo en su singular marco de referencia. Esto significa traducir y parafrasear las nuevas ideas en sus propios términos y relacionarlos con su propia experiencia, con su historia personal y con su sistema de aprendizaje. De lo que acabamos de exponer, se deduce la importancia de que el alumno se sienta

de la actitud sustentada por el discente en el logro del aprendizaje significativo. ¿Cómo podríamos definirla? Una actitud es una tendencia compleja de la persona que consiste en reaccionar de un modo uniforme, favorable o desfavorable, ante los objetos sociales de su medio ambiente. En este caso, ante la institución escolar y lo que ella significa. La existencia de una actitud se deduce del comportamiento demostrado por una persona basándonos en cómo actúa ante el objeto. El sentido de adaptación que tiene una actitud para la persona estriba en el hecho de que ordena y da sentido al conjunto social, para nosotros escolar, en el que se mueve. Quizás el aspecto más notable de una actitud sea su carácter valorativo. Es decir, la persona está a favor o en contra de algo. Lo que también se ha convertido en una tesis comúnmente aceptada es que todas las actitudes tienen una base funcional. Surgen y se mantienen porque satisfacen las pautas básicas de motivación de una persona. Después de esta explicación,

exposición más o menos teórica intentaremos concretar el problema. Una característica fundamental de nuestras escuelas según Jimeno Sacristán es el hecho de ser instituciones totales que controlan de alguna forma la vida entera de los alumnos que pasan por ellas. La experiencia escolar es lo suficientemente incisiva y prolongada para tenerla en consideración por sus efectos en la personalidad de los alumnos. La escuela es una institución gobernada por adultos, querida y bien considerada por ellos, a la que tienen que someterse los más jóvenes. Desde el primer día en que el niño, especialmente el de clase media, entra en la escuela, la sociedad representada por su familia y el grupo de personas con el que más directamente se relaciona, ejerce enormes presiones sobre él para que triunfe académicamente. A menudo el niño ve todo el mundo adulto como si se hubiera unido en una enorme confabulación para exigirle, halagarle, amenazarle, a fin de que crea que el éxito escolar, es la cosa más importante del mundo. Esta situación crea que el niño no es un niño

en el alumno una actitud de enorme ansiedad cuya intensidad difiere según los casos y que le imposibilita acceder al logro de un verdadero aprendizaje significativo. El aprendizaje memorístico podrá conseguirlo con una cierta voluntad y una fuerte disciplina, pero a costa de un gran desgaste personal y un enorme rechazo hacia todo lo que se refiere a la escuela. Otra actitud fundamental que imposibilita la consecución del aprendizaje significativo es la de la competencia extrema, principio extendidísimo en nuestras instituciones escolares. El niño se enfrenta con la paradoja cultural del éxito frente a la ética judeo-cristiana de amarás a tu prójimo. Se incita a nuestros niños a competir, a ganar, a triunfar y sin embargo se les dice que este mundo no debería ser un mundo en el que el hombre es un lobo para el hombre. Lo que el niño aprende es indefectiblemente evaluado. Al hecho de haber adquirido algo se le añade la nota escolar que trata de evaluar la calidad de la asimilación. El alumno así

toma pronto conciencia de que cualquier cosa que haga está pendiente de ser sancionada positiva o negativamente. Aprende a estar alerta ante estas calificaciones que por su misma naturaleza y por el modo de darlas y por la trascendencia social que tienen, son calificaciones a su persona. Se sentirá todo él analizado. Aprender con eficacia es tener éxito ante la mirada del profesor que califica, ante los padres que acogen las evaluaciones como sus propios éxitos o fracasos, ante los propios compañeros de clase que quedan clasificados unos respecto de los otros. Tener éxito en la escuela es cobrar valía personal en los círculos de convivencia por los que pasa el alumno. Pero como el éxito no es la vivencia más corriente, al menos el éxito que más brillo da al alumno, resulta que el vero hecho de aprender adquiere motivaciones penosas, cuando no desagradables, para buena parte de los alumnos. Esto explica buena parte del fracaso de la escuela en la creación, y la creación del gusto por aprender.

cosas nuevas a través de la experiencia humana concentrada en los libros. Es difícil tener éxito cuando se asocian actitudes y sensaciones desagradables a las tareas que conducen a la superación de metas. Se puede tener a corto plazo, pero no más. A esto se añade el problema de que los alumnos que triunfan en la escuela tienden en el futuro a mantener y consolidar su éxito en los estudios, mientras que los niños que fracasan habitualmente continúan haciéndolo. Pocas veces se medita acerca de cuántas vivencias de fracaso social tienen que sufrir muchas veces los alumnos poco brillantes en el sistema escolar convencional. Los malos resultados en algunas materias llevan a la opinión de que el

alumno es malo en general y, de acuerdo con tales expectativas, suele evolucionar. Los compañeros tienen un mal concepto acerca de él, no sólo en cuanto a su rendimiento, sino también con respecto a su persona. El mal alumno no sólo aprende mal, sino que es malo. Es fácil imaginar los resultados de los alumnos que se han convertido en malos. Los alumnos que se han convertido en malos, no sólo en cuanto a su rendimiento, sino que son malos. Esta situación crea

en el aprendizaje. Las sanciones negativas por el fracaso o también la falta de reconocimiento en caso de éxito impiden el acercamiento positivo del alumno a las actividades de rendimiento y provocan reacciones de evitación, rechazo y huida. Las vivencias de éxito y fracaso influyen de un modo determinante igualmente en lo que se ha dado en llamar nivel de aspiración. Hope llama nivel de aspiración a la totalidad de expectativas, metas o exigencias con respecto al propio rendimiento futuro. Así, por regla general, después de un éxito, los objetivos que un alumno cree que puede alcanzar se elevan. Después de un fracaso, bajan. Nos encontramos entonces con la situación de que una persona que fracase habitualmente en las tareas escolares no sólo es mal considerada por padres, profesores y compañeros, con el consiguiente influjo en su autoconcepto y su autoestima, sino que además restringe considerablemente su nivel de aspiración. La gente que no ha hecho aspiraciones en la creencia de que seguirá fracasando. Casi podemos decir que

que los malos alumnos están condenados a seguir siéndolo. Repetimos que la importancia que otorgan los adultos al éxito académico, la familia, la sociedad entera, es lo que confiere valor al alumno. Este se valorará a sí mismo a partir de estas evaluaciones exteriores, quedará sometido a ellas y aprenderá a estar pendiente del juicio de los demás. El propio grupo de escolares tendrá en cuenta este criterio a la hora de estructurarse como grupo, en el que los individuos ocupan estatus de popularidad y prestigio desiguales. Según ha demostrado una reciente investigación llevada a cabo por el profesor Jimeno Sacristán, los líderes sociométricos, los alumnos que más popularidad tienen entre sus compañeros, entre 10 y 15 años, suelen ser los mejores alumnos desde el punto de vista académico. El alumno modelo, a los ojos del profesor, se convierte a la vez en compañero modelo entre sus iguales. Creemos que es evidente la introyección de todos estos procesos, y que los procesos psicosociales son los que más se han convertido en un proceso psicosocial.

en la personalidad misma del alumno. Las motivaciones en este contexto escolar tienen que ser por fuerza motivaciones extrínsecas o indirectas, no ligadas al hecho mismo de aprender. Al alumno es difícil que le produzca satisfacción aprender algo cuando no lo entiende vitalmente, cuando su persona no se implica de alguna manera en la elección y realización del quehacer escolar, cuando difícilmente se hace relación a su propia vida, al ambiente que le rodea, a sus intereses, inquietudes y pensamientos fuera de la escuela, cuando el aprendizaje escolar, desvinculado de otros aprendizajes, no es válido para resolver problemas, cuando no usa manual o intelectualmente lo que aprende. Es posible que ahora tengamos unos pocos más elementos de juicio para comprender la incidencia de todos estos factores y qué tipo de actitudes es capaz de proporcionar la actual institución escolar. Resulta evidente que un alumno que permanezca por varios años en ella salga marcado en toda su persona. La escuela enseña a muchos jóvenes.

cosas y al enseñarlas como lo hace enseña mucho más todavía. En realidad fomenta un tipo determinado de personalidad porque como hemos indicado es una institución total que marca toda una serie de actitudes y de patrones consiguientes de comportamiento. La psicología pedagógica nos demuestra hasta la saciedad que el buen rendimiento escolar va ligado a la posesión de ciertos rasgos de personalidad por parte de los alumnos. Los alumnos de buen rendimiento son alumnos más maduros en tanto que sus intereses coinciden más con los del adulto. Son sujetos más reflexivos entre comillas y se muestran menos interesados por los resultados prácticos e inmediatos dando muestras de seriedad y comprensión. Otras investigaciones han demostrado igualmente que los alumnos que obtienen un rendimiento escolar por debajo de sus facultades intelectuales son alumnos que se encuentran ansiosos. Antagonistas de la autoridad que rechazan los valores socialmente aceptados.

mostrando una conducta impulsiva, en suma, lo que podría denominarse insociables. También existe una concomitancia ampliamente demostrada entre el rendimiento escolar y el valor que cada cual asigna a su propio yo, el autoconcepto. El alto rendimiento académico va ligado a una favorable opinión de sí mismo, a una imagen de sí bastante estable en el tiempo y más ajustada a la opinión que los demás tienen de uno, y a los propios resultados académicos. No es necesario tomar estos resultados como dogma, basta tomar breve nota de lo que insinúan. El alumno que mejor rendimiento escolar obtiene es un tipo de personalidad que parece poseer favorablemente, respecto de sus compañeros menos afortunados, los siguientes rasgos de personalidad. Un ser cuasi adulto, reflexivo, organizado. Un ser organizado, planificador, mejor motivado por frutos no inmediatos, serio y comprensivo, no demasiado ansioso, aceptando la autoridad de la sociedad.

y los valores dominantes, de conducta controlada, con autodominio de sí mismo, con buena opinión de sí mismo y una personalidad ajustada. No es de extrañar, pues, que el que un alumno aprenda de una manera u otra, que obtenga mejores o peores resultados académicos, esté tan relacionado con variables de personalidad como son los mismos factores de inteligencia. Incluso si llegáramos a idear una medida de inteligencia absolutamente válida y fiable, no se podría hacer ninguna predicción exacta acerca del logro de un aprendizaje, sea significativo o no, o acerca del rendimiento y el éxito académicos, sin tener en cuenta las variables no intelectuales. Consideramos necesario hacer una advertencia a los docentes, y es que la manifestación de síntomas emocionales por parte de los alumnos en una situación escolar concreta puede no ser siempre evidente. El profesor generalmente consagra mucho tiempo y atención al libro, pero no es un libro que se puede usar para un alumno rebelde y agresivo. Así, interiorizando el estudio, el primero

con la acción sus problemas, un niño de este tipo de personalidad logra muchas veces el reconocimiento que parece necesitar. Sin embargo, un síntoma más serio, la falta de atención discreta y silenciosa, la retirada, escapa con frecuencia a la atención del profesor y de los padres. El niño que se retira, quizá a un mundo propio de fantasía, no perturba la rutina diaria de la escuela y por consiguiente no crea al parecer ningún problema. Algunos profesores desearían realmente tener más niños aislados, más niños que son como ángeles en sus clases. Sin embargo, este síndrome puede ser muy grave y el niño retirado o aislado, al no recibir la atención y el reconocimiento que necesita, entra en un círculo vicioso cuyo resultado es un aislamiento aún mayor y quizá en los casos más graves, una pérdida

completa de contacto con la realidad. ¿Qué te pareció este vídeo? ¿Te gustaría ver más? ¡Suscríbete al canal!

¡Gracias por ver el video!